

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración : PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

Diario de un soldado (1)

El general del ejército británico Sir Frederick Maurice, estampó a manera de prefacio, en la portada de este diario de guerra del soldado Ralph Scott, entre otras razones justificativas de la aparición del libro, estas palabras:

El único y poderoso medio para ir contra la guerra, residiría en que los hechos y episodios relatados en este diario, fuesen narrados en los libros de historia de las escuelas a fin de romper de una vez con la mentira de las valerosas cargas, del retorno victorioso y de las ruborizadas damiselas arrojando rosas a los pies de los conquistadores. Cada soldado sabe demasiado que si se rehúieran los textos de historia, colocando cuidadosamente, en vez de las mentiras y de la falsedad de las acciones guerreras, la escueta verdad descarnándola en todo lo que tiene de horrible se podría destruir el espíritu de la guerra más efectivamente que con todas las convencionales ligas concebidas por políticos de cerebros agotados.

Otro de los métodos quizás más eficaces según esta mosca blanca del militarismo de su patria, consistiría en un arreglo internacional para que cada nación se aviesese a que su ejército se compusiera estrictamente del personal del gobierno. Una idea bastante original y rara, para que brote de la cabeza de un general. No atreviéndose a la supresión completa de los organismos militares, por su método trata de obligar a los que fraguan las catástrofes guerreras a intervenir en ellas. No hemos de discutir seriamente esta idea, porque expresa solamente un punto de vista personal y todavía encarado a medias. Si la presentamos fué para develar un aspecto ignorado en ciertos ambientes que están en un campo contrario al nuestro.

No dudamos que una de las tácticas de mayor resultado es minar la romántica concepción de la guerra anidada aún en millones de cabezas, sobre todo en quienes nunca tomaron parte en ella. La gran contienda no logró debelar esta leyenda del falso heroísmo de la bestia carnívora.

En este sentido, este libro no escrito por un profesional del pacifismo, si no por un vigoroso deportista de inteligencia práctica, quien no discute contra la guerra por principio y si por dura y cruda experiencia, es una verdadera exposición de testimonios de muda elocuencia. Solamente los que actuaron en esas horrosas jornadas, prolongadas durante cuatro años de matanza continua, no les parecerá exagerada la furia y la amargura que se desprende de ciertas escenas terribles y macabras, comprobando, en cambio, que era la realidad normal de todos los días.

Pero donde Scott alcanza el sumo de indignación patriótica, por decirlo así, es contra los falsos cultivadores del heroísmo guerrero estándose en sus casitas y contra los parásitos de los estados mayores, oficiales de academia y de salón, quienes amontonan disparates sobre disparates, sin importarles un ardite de la vida de los hombres. Se horroriza al pensar que todos esos sacrificios, todos los martirios padecidos por hombres mansos de corazón y valientes de espíritu — quienes nunca pensaron fuera posible una conflagración de tal magnitud a estas alturas, — fueron en vano y nunca influirán en la balanza de los acontecimientos universales, a fin de alejar posibles contiendas armadas. Exclama:

¡Y lo lastimoso de todo esto es que nadie llegará a comprender, ni nadie logrará comprenderse de estas ideas! Es haber vivido varias estaciones en el infierno el hecho de conocer esos largos y lanti-

nantes momentos, donde agazapada la muerte estaba cien veces en acecho, pero solamente han transcurrido un par de años y han olvidado toda esa avalancha de trágicas circunstancias.

—Ya pasó — dirán — es necesario que olvidemos, fué tan terrible!

Y ellos, los queridos compañeros míos de las trincheras, retornarán a la vieja rutina de los años pasados, sin honor, sin ideales, sin heroísmo, y volverán a ser las bestias de carga del taller, la oficina y de las usinas.

Una escena de las más características: Los sargentos hallaron un excelente lugar para plantar sus carpas, pero por allí había un muerto alemán. Decidieron enterrarlo, y en consecuencia ahondaron un hoyo ya cavado por un proyectil de grueso calibre. Luego se presentó el problema: ¿Cómo colocar el cadáver dentro de ese hoyo? El sargento mayor lo tomó por sus botas, y el furriel le agarró muy tímidamente por las mangas. Al izarlo, los brazos del muerto se le escaparon de las manos al furriel. Entonces éste se colocó la máscara que se usa contra los gases asfixiantes, y a palazos lo embutió dentro del hoyo. ¡Pro patria!

Este no es un pasaje de los menos impresionantes y macabros que posee este libro tan denso de episodios de una elocuencia que ninguna palabra ni ningún comentario podría intensificar.

Por cierto Ralph Scott no nos ahorra horrores; si que su intento finque en agrandar, melodramatizar las visiones de la guerra, porque proceder de manera contraria, sería falsificar la realidad, escamotear lo más punzante de ella por miedo de herir nuestras fibras sensibles. Y hace muy bien; es necesario que toda la repugnante fealdad de los hechos de guerra sea puesta en evidencia cada vez con más frecuencia, a fin de que entren en las mentalidades, se alojen en ellas y, si es que se puede, para siempre. Más pronto se olvidan los horrores guerreros, más pronto se producirán otras guerras. Hay que repetir y repasar hasta la saciedad estos episodios desdolorados para la especie humana; hay que hilar sin descanso la contraluz del romanticismo guerrero.

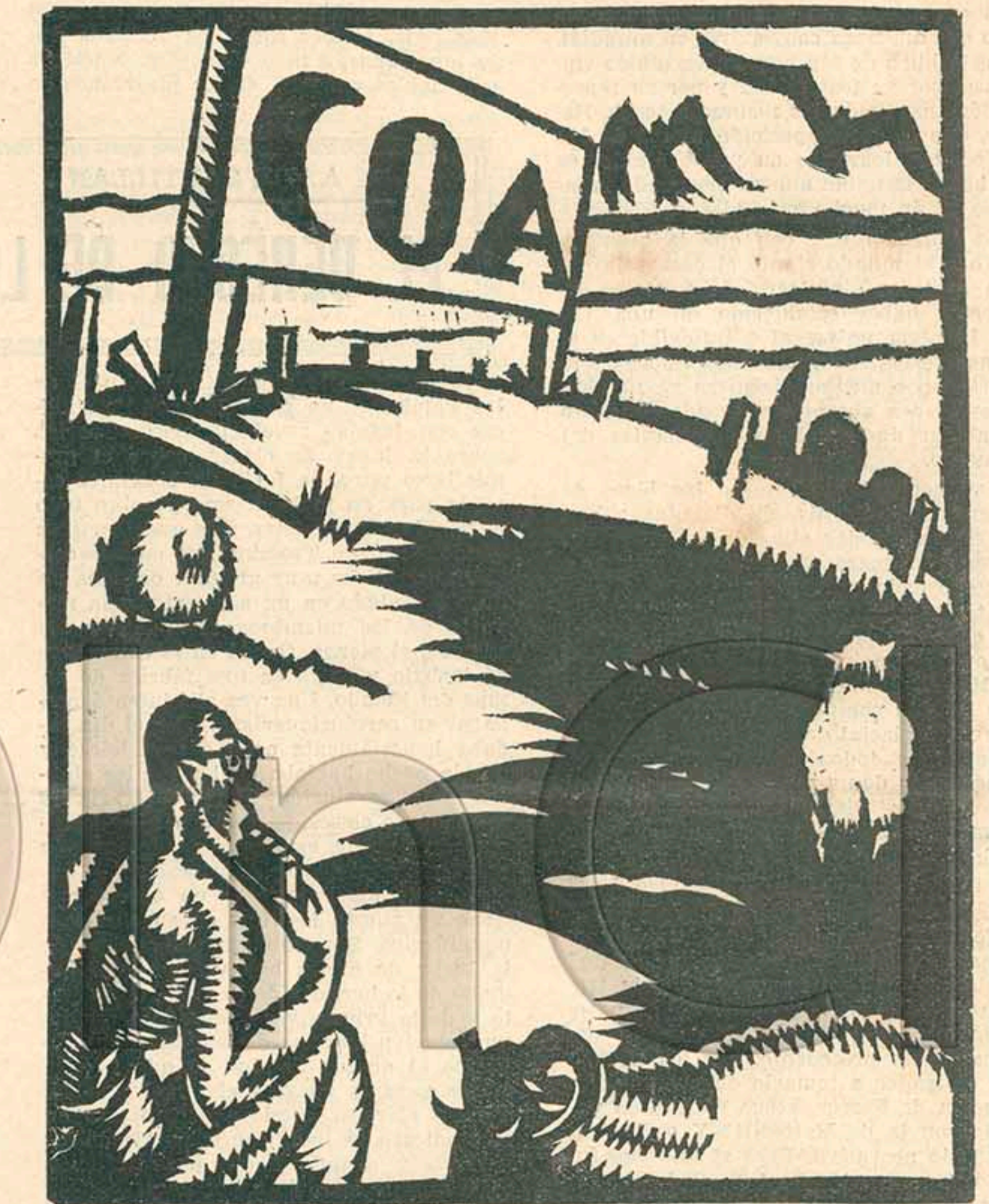
Y este libro — que infortunadamente no ha sido vertido del inglés al castellano — presentando solamente hechos sin argumentos y sin discusión, cumple su finalidad de recordarle a todo el mundo lo que es en sí la matanza a destajo de los campos de batalla.

Y nosotros, si apelamos a testimonios, situados a veces en un bando opuesto al nuestro, es por mantener viva con los más diversos medios la propaganda contra la caverna del militarismo.

(1) *A Soldier's Diary* by Ralph Scott. London: Collins.

ANTORCHAS VIVIENTES

La pantomima, que por voluntad del régimen fascista, plugo caprichosamente denominarse proceso judicial, en el que se debería enturbiar la memoria de Matteotti, fué jugada y finalmente rematada en Chieti por una compañía de saltimbanquis. El veredicto no pudo sorprender a nadie. Al contrario, era esperado *urbi et orbi*, por tirios y troyanos, por rojos y blancos. Pero se necesitó para llegar al resultado previsto un año y más de vastas eucubraciones para tramar su éxito, asegurándose que todos los que intervenirían en la pantomima supiesen de memo-



La Central Obrera Argentina como organización práctica y actual, atraerá a los elementos disciplinados, para bien de sus pastores.

nariz, poniendo luego a su vehemente peroración ese fastidioso que suscitara calurosos aplausos. Hele aquí: *El dolor de la señora Matteotti nada tiene que ver con lo que se había dicho y hecho contra el hombre que toda Italia aclama ahora como su único dirigente.* Un fiscal, encargado de representar la parte civil, quien muestra cierta severidad efectista para la galería contra los acusados materiales del crimen y cubre con sus palabras de absolución al asesino moral, se merece un ascenso por ser, de todos, el fantoche que más acento de veracidad imprimiera a su parte.

Fué precisamente por eso, por hallarse seguros de la lección, que los acusados tuvieron prontas y listas sus coartadas; por eso Dumini pudo dar con la receta que explicaría la naturalísima muerte de Matteotti, diciendo que falleció a consecuencia de una hemoptisis, es decir por falta de respiración, como morimos casi todos. Hasta le habían abastecido de un

serven de la primera mentira que se les ocurre para excusarse.

Mi ausencia no tenía nada que ver en la aparición o no reaparición del periódico. La propaganda que había que hacer para posibilitar su reaparición, yo podía hacerla desde no importa donde.

Creer que un periódico se dirige a 300 suscriptores — pongamos 500 si Vd., quiere — que no tienen — podrá tener la menor influencia en el curso de los acontecimientos, hay que estar inflado de fatuidad para imaginarlo, o haber perdido todo sentido de las proporciones.

Se puede tener el deseo de decir la propia opinión sobre lo que pasa. Todos tenemos ese prurito y todos estamos convencidos de lo que decimos puede tener alguna influencia. Solo que no hay que exagerar. Esa influencia no puede hacerse sentir más que a la larga, en el curso de la evolución. Que lo que tenemos que decir sea dicho hoy, dentro de seis meses o de dos años, eso no tiene la menor importancia.

Y yo continuo afirmando que, para satisfacer algunas pequeñas vanidades, no tenemos el derecho de comprometer el porvenir.

A otros les está permitido pensar de otro modo. Sin duda.

Pero los que aceptaron las condiciones que yo propuse para la reaparición de *Temps Nouveaux*, que las firmaron conmigo en el primer manifiesto, no tenían el derecho de cubrirse con ese manifiesto y obrar contrariamente a lo que habían firmado. Sin constatar al menos ese nuevo giro de su pensamiento.

Como he dicho, yo no rompo; pero quiero una situación clara para cada uno. Continuaré enviando artículos — que se podrá rehusar — pero no aceptaré ninguna corrección que no me haya sido sometida.

Continuaré proporcionando folletos y expidiendo a medida de las necesidades, pero a condición de que se me tenga al

corriente de lo que se hizo para liquidar las deudas. Su venta ha superado ya el importe de esas deudas. Yo quisiera saber donde están las sumas obtenidas.

Cordialmente
J. Grave."

Después de todas estas tiranteces enumeradas en la carta transcrita, mi error fué no haber roto de inmediato. Como he explicado al romper con ellos me encontraba solo y el aislamiento no facilita el trabajo en la propaganda. Continué todavía. Sufrí un montón de pequeñas picaduras que al fin me hicieron comprender que teníamos bastante los unos de los otros.

Cuando hacíamos *Temps Nouveaux* se juzgaba el periódico aburrido, no vivaz, demasiado teórico, sin tenerse bastante al corriente de la vida cotidiana.

Teniendo tiempo para leer las publicaciones, resumía en el curso de mis lecturas todos los hechos interesantes desde un punto de vista cualquiera. Eso era regularmente echado al caasto.

No interesándose nadie por la bibliografía, se me dijo. Eso me interesaba. Traté de hacerla a conciencia. Llegó a la redacción un solo volumen interesante. Se me le remitió al fin de seis meses a pesar de mis reclamaciones reiteradas. — Un camarada de Guérin lo había tomado para leerlo...

No queriendo pasar por un farsante ante el autor y los editores, di, en mi resumen, las razones de mi retardo en hablar del libro. Se suprimió el pasaje.

En fin, el colmo, llegó a mis oídos que el señor Bertrand — siempre él — volviendo con la idea que lo había podido desviar al comienzo — la idea de poner el periódico por acciones — iba a fundar una cooperativa de librería y que la edición de la revista sería confiada a esa cooperativa.

Yo no tenía ninguna objeción contra la cooperativa, misma, pero mi modo de ver sobre la organización de un periódico, que expliqué más arriba, haré com-

prender a cada uno la cólera que me invadió al saber esa noticia.

Escribí a Pierrot que estaba cansado de todo eso, que convocase a sus cómplices. Que a título de conciliación quería que se abandonase el título de *Temps Nouveaux*. Con esa condición sólo continuaría colaborando con ellos, sino tendríamos la guerra.

La reunión tuvo lugar. Estaban presentes una docena de camaradas entre ellos el llamado Bertrand. Un personaje muy encumbrado. Quiere saberlo todo, conocer cada cosa mejor que aquellos que se dedican especialmente a ella, capaz de dar lecciones de medicina a un médico, de arquitectura a un arquitecto y así por el estilo. La señora P. le llamaba "Yo sé todo".

Siempre lleno de proyectos y de promesas, salvo olvidarlas en cuantos las hizo.

Estaba acompañado de su hijo, demasiado joven para haber estado mezclado en la propaganda de antes de la guerra, pero sin embargo lleno de suficiencia como su padre.

Bertrand comenzó a pontificar. Era por solidaridad hacia mí que se tomó el nombre de *Temps Nouveaux*. Eran pagados con la más negra ingratitud. Pero era bastante magnánimos para pasar por sobre eso, sin olvidarse de hablar de los sacrificios que pretendía haber hecho por la propaganda.

No habiendo venido para escuchar al señor Bertrand, le interrumpí cuando vi que iba a hablar toda la sesión.

Dí mis razones por las cuales no podía continuar con ellos. Enumeré todos los hechos capaces de interesar a los lectores, hechos resaltar por mí en diversas publicaciones y regularmente enviadas al canasto sin explicación. La supresión de la nota en mi bibliografía — la puesta del periódico bajo el control de una cooperativa, etc.

Una voz de falsete se hizo oír desde un rincón, proclamando que la supresión era cosa del que hablaba, que era preci-

so, después de todo, tener en cuenta al lector.

Dejé pasar, expliqué que habiéndoles hecho convocar la reunión para discutir el abandono del título, era eso lo que yo quería que se discutiera. Y levantándome, salimos de la habitación mi mujer y yo.

Pierrot — era en su casa donde pasaba eso, corrió ante nosotros, diciéndome que no me marchara, que las cosas se arreglarían, y que esperase el fin de la sesión. Diciendo eso nos hizo pasar a otro cuarto.

La pieza en que nos hizo entrar era adyacente a la que reunía el areópago. Fragmentos de la discusión llegaban a nuestros oídos.

—Si renunciáis al título decía Bertrand, viene el fracaso seguro, mientras que os prometo 1500 suscriptores antes de tres meses...

¡Olá! no era solamente por mis bellos ojos que se habían acaparado del título de *Temps Nouveaux*.

Murmullos de voces, algunas palabras que no entendí. Otros cuchicheaban, después la voz de C. — que no había hecho nada nunca por el periódico — dijo: "Después de todo Grave no era más que nuestro mandatario en *Temps Nouveaux*!" —El colmo.

Otros murmullos. La sesión había terminado. Pierrot vino a libertarnos, declarando que no se había tomado decisión. Que nos haría saber. Pero al día siguiente recibí una carta diciéndome que le había sido desagradable decirme verbalmente, pero que los camaradas habían decidido conservar el título.

Eso, pues, era la ruptura. Pero como de los 300 suscriptores que habían reunido había 275 que eran antiguos suscriptores de *Temps Nouveaux*, hubo algunos a quienes pareció extraña mi exclusión y escribieron para protestar y pedir explicaciones.

Dos de ellos me comunicaron las que habían recibido.

(Concluyó)

poner a todos el respeto a la ley. Pero así, sin gobierno, sin leyes! ¿Que maremagnum no sería?

Jorge. —Lo preveía: antes era contrario al comunismo diciendo que éste tiene necesidad de un gobierno fuerte y centralizado; ahora, después de oír hablar de una sociedad sin gobierno, aceptaría incluso el comunismo siempre que hubiese un gobierno de puno de hierro. En suma, es la libertad la que le causa miedo.

Ambrosio. —Eso querría decir que para huir de un escollo se va a dar en otro. Lo que es cierto es que una sociedad sin gobierno no puede existir. ¿Cómo quiere que las cosas puedan marchar sin regla, sin norma de conducta de ninguna especie? Sucedería que uno querría ir a la izquierda, otro a la derecha y la barca quedaría quieta, o más bien iría al fondo.

Jorge. —Yo no le he dicho que no quiero ni reglas ni normas. Le dije que no quiero gobierno, y entiendo por gobierno un poder que hace la ley y la impone a todos.

Ambrosio. —Pero si ese gobierno es elegido por el pueblo no representa más que la voluntad del pueblo mismo. ¿De qué podrá usted quejarse?

Jorge. —Eso no es más que una mentira. Una voluntad popular, genérica, abstracta, no es más que una patraña metafísica. El pueblo está compuesto de hombres, y los hombres tienen mil voluntades diferentes y variables según la diversidad de temperamentos y de circunstancias, y querer obtener de ellos, con la operación mágica de las urnas, una voluntad general, común a todos, es simplemente un absurdo. Sería ya imposible para un hombre solo encargar a otro que siguiera su voluntad en todas las cuestiones que pudieran presentarse durante un determinado tiempo; porque ese hombre no podría decir al mismo anticipadamente cuál sería su voluntad en las diversas ocasiones. ¿Cómo podría decirlo una colectividad, un pueblo, cuyos miembros están en desacuerdo en el momento mismo de dar el mandato?

Piense sólo un momento en el modo de hacer las elecciones — y advierta que entiendo hablar del modo cómo se podrían hacer cuando todos los hombres fuesen instruidos e independientes y por consiguiente el voto perfectamente consciente y libre. Usted, por ejemplo, vota por el que estima más adecuado para defender sus intereses y aplicar sus ideas. Eso es ya conceder mucho, porque usted tiene tantas ideas y tanta diversidad de intereses que no podrá encontrar un hombre que piense como usted siempre y sobre todas las cosas; pero, además, aquel a quien le da su voto, ¿será el que le gobernará? De ningún modo. Ante todo su candidato podrá fraear y por lo tanto su voluntad no tendrá ya parte alguna en la llamada voluntad popular: pero supongamos que triunfe.

¿Será, por eso, su gobernante? Ni en sueños. No será más que uno entre tantos (en el parlamento italiano,

por ejemplo, uno entre 335) y usted será realmente gobernado por una mayoría de personas a quien no ha dado mandato alguno. Y esa mayoría (cuyos miembros han recibido tantos mandatos diferentes o contradictorios, o mejor dicho no han recibido más que una delegación general de poderes, sin ningún mandato determinado), imposibilitada, aunque quisiera, para expresar una voluntad general que no existe y para contentar a todos, hará como le parezca o como les parezca a aquellos que dominan momentáneamente.

Vamos, es mejor dejar a un lado esa vieja ficción del gobierno que representa la voluntad popular.

Hay ciertas cuestiones de orden general sobre las cuales, en un momento dado, todo el pueblo se encuentra de acuerdo. Pero entonces, ¿para qué sirve el gobierno? Cuando todos quieren una cosa no necesitan más que hacerla.

Ambrosio. —Pero, en suma, usted admitió que necesitamos reglas, normas de vida. ¿Quién deberá establecerlas?

Jorge. —Los mismos interesados, aquellos que deban seguir esas normas.

Ambrosio. —¿Y quién impondrá ese respeto?

Jorge. —Nadie, porque se trata de normas libremente aceptadas y libremente seguidas. No confunda usted las normas de que le hablo, que son convenios prácticos basados en el sentimiento de la solidaridad y en la preocupación que todos deberán tener por el bien colectivo, con la ley, que es una regla prescripta por algunos e impuesta por la fuerza a los demás. Nosotros no queremos leyes, sino pactos libres.

Ambrosio. —¿Y si alguien viola el pacto?

Jorge. —¿Por qué habría de violarlo si el pacto le conviene? Por lo demás, si fuera violado, eso serviría para advertir que el pacto no satisface a todos y que hay que modificarlo. Y todos buscarían un arreglo mejor, porque todos tienen interés en que nadie esté descontento.

Ambrosio. —Por lo tanto, según parece, usted sueña con una sociedad primitiva en la que cada cual haría lo que necesita por sí mismo y las relaciones entre los hombres serían pocas, restringidas y elementales.

Jorge. —Nada de eso. Desde el momento que la multiplicidad y la complejidad de las relaciones produce a los hombres mayores satisfacciones morales y materiales, nosotros trataremos de tener las relaciones más numerosas y complejas posibles.

Ambrosio. —Pero entonces tendrán necesidad de delegar funciones, de dar encargos, de nombrar representantes para establecer los acuerdos.

Jorge. —Ciertamente. Pero no crea que esto equivale a nombrar un gobierno. El gobierno hace la ley y la impone, mientras que en una sociedad libre las delegaciones no tienen más que encargos determinados, temporales, para hacer ciertos trabajos, y esos encargos no dan derecho a ninguna autoridad y a ninguna compensación especial. Y las resoluciones de los delegados están siempre sujetas a la aprobación de los mandantes.

Ambrosio. —Pero usted no supone que todos estarán de acuerdo. Si hay gente a quien no convenga el orden social de ustedes, ¿qué harán?

Jorge. —Esa gente se arreglará como era mejor, y nosotros y ellos tomaremos acuerdos para no perjudicarnos recíprocamente.

Ambrosio. —¿Y si los otros quieren molestarles?

Jorge. —Entonces... nos defenderemos.

Ambrosio. —Ah, ¿pero no ve que de esa necesidad de defensa puede nacer un nuevo gobierno?

Jorge. —Ciertamente que lo veo. Es precisamente por eso que le he dicho siempre que la anarquía no es posible más que después de haber sido eliminadas las mayores causas de conflicto, y cuando el acuerdo se haya convertido en interés de todos y el espíritu de solidaridad esté bien desarrollado entre los hombres.

Si se quisiera realizar hoy la anarquía, dejando intacta la propiedad individual y las otras instituciones sociales que se derivan de ella, pronto estallarían tal guerra civil, que un gobierno, aunque tiránico, sería acogido como una bendición.

Pero si al mismo tiempo que establece la anarquía suprime la propiedad individual, las causas de conflicto que subsistan no serán insuperables y se llegará al acuerdo, porque con el acuerdo todos serán beneficiados.

Por lo demás se entiende que las instituciones valen lo que valen los hombres que las hacen funcionar, — y que la anarquía especialmente, que es el reino del libre acuerdo, no puede existir si los hombres no comprenden los beneficios de la solidaridad y no quieren ponerse de acuerdo.

Para eso hacemos propaganda.

IX

Ambrosio. —Déjeme volver sobre su comunismo anárquico. Francamente no puedo tragarlo...

Jorge. —Oh, lo creo. Después de haber pasado toda la vida entre los códigos y las pandectas defendiendo el derecho del Estado y el del propietario, una sociedad sin Estado y sin propietarios en donde no habrá rebeldes y hambrientos que condenar a galeras le debe parecer algo del otro mundo.